

## Madama Luisa de Francia

La hija mayor del rey aguardaba á su padre en la gran galería de Lebrun, la misma en que Luis XIV había recibido en 1683 al dux imperial y á los cuatro senadores genoveses que venían á implorar el perdón por la república.

Al extremo de aquella galería, opuesto al otro por donde debía entrar el rey, hallábanse dos ó tres damas de honor que parecían consternadas.

Luis XV llegó en el momento en que comenzaban á formarse grupos en el vestibulo, porque la resolución que parecia haber tomado la princesa en aquella misma mañana, comenzaba á saberse por palacio.

Madama Luisa de Francia, princesa de un talle majestuoso, y de una hermosura enteramente regia, pero cuya pura frente se arrugaba á veces por una tristeza desconocida; Madama Luisa, decimos, imponía á toda la corte con la práctica de las más austeras virtudes ese respeto hacia los grandes poderes del Estado que hacía cincuenta años no se sabían ya venerar en Francia sino por interés ó por temor.

Había aun más: en aquel momento de desafecto general del pueblo hacia sus soberanos (aun no se decía por lo bajo hacia sus tiranos) la amaban, porque su virtud no era desdeñosa; aunque jamás se había hablado de ella altamente, se recordaba que tenía un

corazón, y lo acreditaba todos los días con beneficios, mientras que los demás lo mostraban solamente por medio del escándalo.

Luis XV temía á su hija, únicamente porque la estimaba, y hasta se enorgullecía de ello algunas veces. Así es que era la única entre sus hijas con quien no usaba de sus burlas picantes ó de sus familiaridades triviales, y mientras que llamaba á las otras tres hijas (Adelaida, Victoria y Sofía) Pingajo, Tiritaña, Corneja, á ella la llamaba Madama Luisa de Francia.

Desde que el mariscal de Sajonia había llevado al sepulcro el alma de los Turenas y los Condés, María Leczinska, el espíritu de conducta de la reina María Teresa, todo se hacía pequeño al rededor del trono rebajado: entonces Madama Luisa, de un carácter verdaderamente real y que, comparativamente, parecia heroico, hacia el orgullo de la corona de Francia, que sólo poseía aquella perla fina en medio de su oropel y sus piedras falsas.

No queremos decir por esto que Luis XV amase á su hija, pues, como es sabido, á nadie amaba más que á sí. Solamente afirmamos que la estimaba más que á las otras.

Al entrar, vió á la princesa sola en medio de la galería, apoyada contra una mesa incrustada de jaspe rojizo y de lapislázuli.

Estaba vestida de negro, sus hermosos cabellos sin polvos estaban ocultos bajo el doble encaje, y su frente, menos severa que de ordinario, estaba tal vez más triste. No miraba á nada en torno suyo, sólo que algunas veces pasaba su melancólica vista por los retratos de los reyes de Europa, á cuya cabeza brillaban los de Francia, sus antepasados.

El traje negro era el que llevaban las princesas en los viajes ordinarios, tenía holgados bolsillos, que aun

se estilaban en aquella época, como en tiempo de las reinas hacendosas, y madama Luisa, siguiendo su ejemplo, traía en su cintura atadas á un anillo de oro las numerosas llaves de sus cofres y armarios.

El rey quedó muy pensativo al ver el silencio, y particularmente la atención con que se miraba el resultado de aquella escena.

Pero era tan larga la galería que, colocados los espectadores en los extremos, no podían ser indiscretos con los actores: veían, tal era su derecho, y no oían, tal era su deber.

La princesa dió algunos pasos al encuentro del rey y le tomó la mano que besó con respeto.

— ¡ Dicen que estáis de viaje ! ¿ Vais á la Picardía ? la preguntó Luis XV.

— No, señor, respondió la princesa.

— Entonces ya adivino, dijo el rey alzando la voz : vais en peregrinación á Noirmoutiers.

— No, señor, respondió madama Luisa, me retiro al convento de las Carmelitas de San Dionisio, del que, como sabéis, puedo ser abadesa.

El rey se estremeció, pero, á pesar de que su corazón quedó verdaderamente turbado, su semblante permaneció sereno.

— ¡ Oh, no ! no, hija mía, le dijo, no me dejaréis, ¿ no es verdad ? Es imposible que me dejéis.

— Padre mío, hace largo tiempo que he resuelto mi retiro á ese convento, y V. M. se ha dignado autorizarlo ; así os suplico que no os opongáis, padre mío.

— Sí, cierto es que he dado esa autorización ; pero ya sabéis que la di después de haber combatido largo tiempo. La he dado porque esperaba siempre que en el momento de partir os faltaría el ánimo. Vos no podéis sepultaros en un claustro ; esas son costumbres ovidadas ; no se entra en el convento sino por causa

de pesares ó por falta de fortuna. La hija del rey de Francia no es pobre, que yo sepa, y si es desgraciada, nadie debe verla.

Las palabras y el pensamiento del rey se iban elevando á medida que se internaba en ese papel de rey y de padre que jamás representa mal el actor á quien el orgullo aconseja el uno, y el pesar inspira el otro.

— Señor, respondió Luisa, que notaba la emoción de su padre, y á quien esa emoción, tan rara en el egoísta Luis XV, enternecía más profundamente de lo que quería manifestar, señor, no debilitéis mi alma manifestándome vuestra ternura. Mi pesar no es un pesar vulgar, y he ahí porqué mi resolución no está ya en las costumbres de nuestro siglo.

— ¿ Luego tenéis pesares ? exclamó el rey con la mayor sensibilidad. ¡ Pesares tú, pobre criatura !

— ¡ Y crueles, inmensos, señor ! respondió madama Luisa.

— ¡ Eh ! ¿ qué es lo que me decís, hija mía ?

— Porque son pesares que una mano humana no puede curar.

— ¿ Ni aun la del rey ?

— Ni aun la del rey, señor.

— ¿ Ni aun la de un padre ?

— Tampoco, señor, tampoco.

— Sin embargo sois religiosa, Luisa, y sacáis fuerzas de la religión.

— No bastantes aun, señor, y me retiro á un claustro para hallar más. En el silencio, Dios habla al corazón del hombre ; en la soledad el hombre habla al corazón de Dios.

— Pero hacéis al Señor un sacrificio enorme que por nada será recompensado. El trono de Francia derrama una sombra augusta sobre los hijos que crecen en torno suyo, ¿ no os gusta esa sombra ?

— La de la soledad es todavía más profunda, padre mío; refrigera el corazón, es dulce á los fuertes como á los débiles, á los humildes como á los soberbios, á los grandes como á los pequeños.

— ¿Creéis acaso que corréis algún peligro? En ese caso, aquí tenéis al rey para protegeros.

— ¡ Señor, quiera Dios proteger primero al rey!

— Os lo repito, Luisa, os dejáis extraviar por un celo mal entendido. La oración es muy buena, pero no si es perpetua. Vos que sois tan buena, tan piadosa, ¿qué necesidad tenéis de orar tanto?

— Jamás oraré bastante, ¡ oh, padre mío! Jamás oraré bastante, ¡ oh, rey mío! para alejar las desgracias que van á caer sobre nosotros. Esa bondad que Dios me ha dado, esa pureza, que hace veinte años no ceso de esforzarme en acrisolar, temo que no llenan aun la medida de candor é inocencia que necesitaría la víctima expiatoria.

El rey retrocedió un paso, y mirando á madama Luisa con asombro:

— Nunca me habéis hablado así, le dijo. ¡ Os extrañáis, querida hija mía! El ascetismo os pierde.

— ¡ Oh, señor! no deis ese nombre mundano á la adhesión más sincera, y sobre todo más necesaria que jamás vasalla haya ofrecido á su rey, ni hija á su padre en una urgente necesidad. Señor, vuestro trono, cuya sombra protectora me ofrecíais con orgullo en este momento, vuestro trono se conmueve bajo golpes que vos no sentís aún, pero que yo adivino ya. Se está abriendo sordamente como un abismo profundo, en que de súbito puede sepultarse la monarquía. ¿ Os han dicho nunca la verdad, señor?

Madama Luisa miró en torno suyo para ver si había alguno que pudiese oírlo, y viendo que todos estaban á bastante distancia, continuó:

— ¡ Pues bien! Yo lo sé; yo, que bajo el hábito de una hermana de la Misericordia he visitado veinte veces las sombrías calles, las bohardillas famélicas, las encrucijadas llenas de gemidos. Y bien; en esas calles, en esas bohardillas, en esas encrucijadas, señor, se mueren de hambre y de frío en el invierno, de sed y de calor en el verano. Las campiñas, que vos no veis, señor, porque vos sólo vais de Versalles á Marly y de Marly á Versalles, las campiñas no tienen ya granos, no diré para alimentar á los pueblos, sino para sembrar las tierras, que, maldecidas no sé por qué poder enemigo, devoran y no dan fruto. Todas esas gentes que carecen de pan, rugen sordamente, porque rumores vagos y desconocidos pasan por el aire, en el crepúsculo, por la noche, que les hablan de grillos, de cadenas, de tiranías, y á esas palabras se despiertan, cesan de quejarse y comienzan á rugir.

Por su parte, los Parlamentos piden el derecho de representación, es decir, el derecho de deciros en alta voz lo que dicen en voz baja: « ¡ Rey, tú nos pierdes! ¡ Sálvanos, ó nos salvamos nosotros solos! » Los militares horadan con su inútil espada una tierra en que germina la libertad que los enciclopedistas han sembrado á manos llenas. Los escritores, ¿ cómo se ha hecho eso, sino porque los ojos de los hombres comienzan á ver cosas que no veían? los escritores saben el mal que hacemos al mismo tiempo que lo hacemos, y se lo hacen saber al pueblo, el cual frunce ahora el ceño cada vez que ve pasar á sus dueños. ¡ V. M. casa á su hijo! En otro tiempo, cuando la reina María de Austria casó el suyo, la ciudad de París hizo regalos á la princesa María Teresa. Hoy, al contrario, no sólo calla la ciudad, no sólo no ofrece nada, sino que V. M. ha tenido que forzar los impuestos para pagar las cargas con que se conduce á una hija de César á la

casa de un hijo de san Luis. El clero hace largo tiempo que está habituado á no rogar más á Dios, pero sabe que las tierras están dadas, los privilegios agotados, las arcas vacías, y se pone á rogar á Dios por lo que él llama felicidad del pueblo! En fin, señor, ¿necesito deciros lo que vos sabéis bien, lo que vos habéis visto con tanta amargura que á nadie habéis hablado de ello? Los reyes, nuestros hermanos, que en otro tiempo nos cortejaban, los reyes nuestros hermanos se desvían de nosotros. Vuestras cuatro hijas, señor, ¡las hijas del rey de Francia! vuestras cuatro hijas no se han casado, y hay veinte principes en Alemania, tres en Inglaterra, diez y seis en los Estados del Norte, sin contar nuestros parientes los Borbones de España y de Nápoles, que nos olvidan ó se desvían de nosotros como los demás. ¡Puede ser que el Turco nos hubiera querido, á no haber sido las hijas del rey cristianísimo! ¡Oh! yo no hablo por mí, padre mío, yo no me quejo; yo me hallo en un estado dichoso, puesto que soy libre, puesto que á ninguno de mi familia soy necesaria, puesto que en el retiro, en la soledad, en la meditación, en la pobreza, podré pedir á Dios que aleje de vuestra cabeza y de la de mi sobrino esa espantosa nube que oigo rugir allá bajo en el cielo del porvenir.

— ¡Hija mía, querida hija! dijo el rey. Los temores te pintan ese porvenir peor de lo que es!

— ¡Señor, señor, dijo madama Luisa, acordaos de aquella princesa antigua, de aquella profetisa real, que, como yo, predecía á su padre y á sus hermanos la guerra, la destrucción y el incendio! Su padre y sus hermanos se reían de sus predicciones que llamaban insensatas. No me tratéis como á ella. ¡Tened cuidado, padre mío! reflexionad, rey mío!

Luis XV cruzó los brazos y dejó caer su cabeza sobre el pecho.

— Hija mía, dijo, me habláis con severidad. ¿Son obra mía esas desgracias de que me habláis?

— No quiera Dios que yo lo crea; pero son del tiempo en que vivimos. Vos sois arrastrado como nosotros todos. Escuchad, señor, cómo aplauden en los teatros á la menor alusión contra la soberanía; ved, por la noche, á los grupos gozosos bajar con gran ruido las pequeñas escaleras de los entresuelos, cuando la grande escalera de mármol está desierta y sombría. Señor, el pueblo y los cortesanos se han formado placeres aparte de los nuestros; se divierten sin nosotros, nosotros los entristecemos. ¡Ay! continuó la princesa con adorable melancolía. ¡Ay! pobres jóvenes hermanos! ¡pobres encantadoras mujeres! ¡amad! ¡cantad! ¡olvidad! ¡sed felices! Yo os mortificaba aquí, mientras que allá en el convento os podré servir. Aquí, ahogabais vuestras alegres risas por no desagradarme; allá, yo oraré, ¡oh! yo oraré con todo mi corazón, por el rey, por mis hermanas, por mis sobrinos, por el pueblo de Francia, por vosotros, en fin, á quienes amo con la energía de mi corazón al que ninguna pasión ha fatigado aún.

— ¡Hija mía, dijo el rey después de un sombrío silencio, os lo suplico, no me dejéis, á lo menos en este momento! Acabáis de despedazar mi corazón.

Luisa de Francia tomó la mano de su padre, y fijando amorosamente sus ojos en la noble fisonomía de Luis XV:

— No, le dijo, no, padre mío; ni una sola hora más en este palacio. No, no; es tiempo de que yo ore. Yo me siento con fuerzas para redimir con mis lágrimas todos los placeres á que vos aspiráis, vos, joven aun, vos que sois un buen padre y que sabéis perdonar.

— ¡Quédate con nosotros, Luisa, quédate con nos-

otros! dijo el rey estrechando á su hija en sus brazos.

La princesa meneó la cabeza.

— Mi reino no es de este mundo, dijo tristemente desprendiéndose de los brazos de su padre. ¡ Adiós, padre mío! Os he dicho hoy cosas que hacía diez años oprimían mi corazón. Su peso me ahogaba. ¡ Adiós! Estoy contenta. Ved cómo sonrío; soy feliz desde hoy solamente. Nada echo de menos.

— ¡ Ni aun á mí, hija mía?

— ¡ Oh! os echaría de menos si no debiera volver á veros; pero ya iréis algunas veces á San Dionisio; no me olvidaréis del todo.

— ¡ Oh, jamás, jamás!

— No os enternezcaís, señor. No hagamos creer que esta separación ha de ser duradera. Mis hermanas no saben aun nada, á lo menos así lo creo; sólo mis criados están en el secreto. Hace ocho días que estoy haciendo todos mis preparativos, y deseo con ardor que el rumor de mi partida sólo resuene después del de las pesadas puertas de San Dionisio. Este último me impedirá oír el primero.

El rey leyó en los ojos de su hija que su resolución era irrevocable. Además, prefería que partiese sin ruido, pues si madama Luisa temía la explosión de sus sollozos por su resolución, el rey la temía aun mucho más por sus nervios. Agréguese á esto que quería ir á Marly, y demasiado dolor en Versalles, necesariamente habría hecho suspender el viaje.

En fin, pensaba en que no volvería á encontrar, al salir de alguna orgía, indigna á la vez del padre y del rey, aquella cara grave y triste que le parecía una censura de la indolente y perezosa existencia que él llevaba.

— Hágase, pues, como tú lo quieres, hija mía, le

dijo; y recibe la bendición de tu padre, á quien siempre has hecho perfectamente feliz.

— Dejadme solamente besar vuestra mano, señor, y dadme mentalmente esa preciosa bendición.

Para los que estaban instruídos en su resolución, era un espectáculo grande y solemne el de aquella noble princesa que, á cada paso que daba, se aproximaba más á sus antepasados, los cuales desde el fondo de sus marcos de oro, parecían darle gracias de que, estando viva, fuese á hallarlos en sus sepulcros.

Á la puerta, el rey saludó á su hija, y volvió á marchar sin decir una palabra. La corte le siguió según la etiqueta.

IV

Pingajo, Tiritaña y Corneja

Dirigiase el rey al gabinete de los Equipajes, en donde, antes de la caza ó del paseo, tenía costumbre de pasar algunos momentos para dar órdenes particulares al género de servicio de que había menester para el resto del día.

Á la entrada de la galería, saludó á los cortesanos y les hizo seña con la mano indicándoles que quería estar solo.

Luis XV, habiendo quedado solo, siguió su camino atravesando un pasillo al que daba el aposento de sus hijas, y cuando hubo llegado á la puerta, cerrada por una cortina, se paró un instante y sacudió la cabeza.

— No había aquí más que una buena, dijo entre dientes, y acaba de marchar.

Una voz respondió á ese axioma asaz descortés para las que quedaban. Levantóse la cortina, y Luis XV fué saludado por estas palabras que le dirigió en coro un trío furioso:

— ¡ Mil gracias, padre mío !

El rey se hallaba en medio de las tres hijas.

— ¡ Ah ! ¿ eres tú, Pingajo ? dijo dirigiéndose á la mayor de las tres, esto es á madama Adelaida. ¡ Tanto peor ! que te enfades ó no, no he dicho más que la verdad.

— ¡ Oh ! dijo madama Victoria. Nada nuevo me

habéis dicho, señor, pues bien sabemos que siempre habéis dado la preferencia á Luisa.

— ¡ Á fe mía que acabas de decir una solemne verdad, Tiritaña !

— ¿ Y por qué dar la preferencia á Luisa ? preguntó con tono acre madama Sofia.

— Porque Luisa no me atormenta, respondió con aquella ingenuidad de que tan perfecto tipo ofrecía Luis XV en sus momentos de egoísmo.

— ¡ Oh, ya os atormentará, no tengáis cuidado, padre mío ! dijo madama Sofia con un tono de acritud que llamó de un modo particular la atención del rey.

— ¿ Qué sabes tú de eso, Corneja ? replicó el rey. ¿ Acaso te ha hecho Luisa sus confianzas al marchar ? Mucho lo extrañaría, porque no te quiere mucho.

— Á fe mía que en ese caso le correspondo bien, respondió madama Sofia.

— ¡ Muy bien ! dijo Luis XV ; aborreceos, detestaos, desollaos, todo eso es cosa vuestra ; con tal que no me incomodéis para restablecer la paz en el reino de las amazonas, me es igual. Pero deseo saber en qué debe atormentarme la pobre Luisa.

— ¡ La pobre Luisa ! dijeron á una voz madama Victoria y madama Adelaida, prolongando los labios de dos modos distintos.

— ¿ En qué debe atormentaros ? Pues bien, padre mío, voy á deciroslo.

Luis se arrellanó en un gran sillón que estaba detrás de la puerta, de suerte que le quedaba fácil la retirada en todo evento.

— Porque madama Luisa, respondió Sofia, está algo atormentada por el demonio que agitaba á la abadesa de Chelles, y se retira al convento para hacer experimentos.

— ¡ Vamos, vamos ! dijo Luis XV, os ruego que

dejemos los equívocos sobre la virtud de vuestra hermana, porque nunca se ha dicho nada afuera, en donde tantas cosas se dicen. No comencéis vos.

— ¿Yo?

— Sí, vos.

— ¡Oh! y no hablo de su virtud, respondió madama Sofía muy ofendida de la acentuación particular dada por su padre á la palabra *vos*, y de su afectada repetición. Digo que hará experimentos, y nada más.

— ¡Y bien! aunque se ocupase en la química, aun cuando hiciese armas y rodajas de sillones, aunque tocase la flauta y el tamboril, aun cuando despedazase claves, y cencerrease el violín, ¿qué tiene eso de malo?

— Digo que va á politiquear.

— Luis XV se estremeció.

— Á estudiar la filosofía, la teología y continuar los comentarios sobre la bula *Unigenitus*, de suerte que cogidas entre sus teorías gubernamentales, sus sistemas metafísicos y su teología, nosotras pareceremos las inútiles de la familia.

— Si eso lleva á vuestra hermana al Paraíso, ¿qué mal veis en ello? replicó Luis XV, sin que dejase de chocarle bastante la relación que había entre la acusación de Corneja y la diatriba política con que madama Luisa había animado su salida. ¿Tenéis envidia á su beatitud? Eso sería propio de muy malas cristianas.

— Á fe mía que no, respondió Victoria; la dejo ir á donde va, sólo que no la sigo.

— Ni yo tampoco, dijo madama Adelaida.

— Ni tampoco yo, añadió madama Sofía.

— Por otra parte, ella nos detestaba, dijo madama Victoria.

— ¿Á vosotras? preguntó Luis XV.

— Sí, á nosotras, á nosotras, respondieron las otras dos hermanas.

— Ya veréis, dijo Luis XV, como la pobre Luisa no ha elegido el Paraíso sino para no encontrarse con su familia.

Esta salida hizo reír mucho á las tres hermanas. Madama Adelaida, la mayor de las tres, reunía toda su lógica para descargar al rey un golpe más acerado que los que acababan de resbalar sobre su coraza.

— Madamas, dijo con un tono mordaz que le era peculiar cuando salía de aquella indolencia que le había sugerido á su padre el nombre de Pingajo, no habéis hablado ó no habéis osado decir al rey la verdadera razón de la marcha de madama Luisa.

— ¡Vamos, otra tenemos! ¡Otra calumnia aún! repuso el rey. Vamos, dejemos eso, Pingajo.

— ¡Oh! señor, replicó ésta, demasiado sé que esto os incomoda quizás algo.

— Decid qué lo esperáis, y será más exacto.

Madama Adelaida se mordió los labios.

— Pero, añadió ésta, diré la verdad.

— ¡Bueno! ya escampa! ¡La verdad! Curaos de decir esas cosas. ¿Acaso digo yo nunca la verdad? Y sin embargo, no por eso tengo peor salud, á Dios gracias.

Y Luis XV se encogió de hombros.

— Vamos, hablad, hermana, hablad, dijeron á porfía las otras dos princesas, impacientes de saber la razón que tanto debía incomodar al rey.

— ¡Lindos corazoncitos! dijo entre dientes Luis XV. ¡Vean cómo aman á su padre!

Y se consoló pensando en que les pagaba bien.

— Lo que nuestra hermana Luisa más temía en el mundo, continuó madama Adelaida, ella, que tanto gustaba de la etiqueta, era....

— ¿Era?... repitió Luis XV. Á lo menos acabad, ya que habéis comenzado.

— Y bien, señor; era la intrusión de caras nuevas.

— ¡La intrusión habéis dicho! repitió el rey disgustado de este principio, porque preveía á dónde se encaminaba, ¡la intrusión! ¿Acaso hay intrusos en mi casa? ¿Se me fuerza por ventura á recibir á los que no quiero?

Este era un medio bastante diestro de cambiar absolutamente el sentido de la conversación.

Pero madama Adelaida era un sabueso de malicia demasiado fino para que así le hiciese perder el rastro cuando había cogido el de alguna buena picardía.

— He dicho mal, señor, repuso, he dicho mal, pues no es la palabra propia. En lugar de intrusión he debido decir introducción.....

— Y sin embargo, señor, continuó madama Victoria, creo que todavía no es la palabra exacta.

— ¿Pues cuál es? Veamos.

— Presentación.

— ¡Ah, sí! dijeron las otras dos hermanas reuniéndose á la mayor, creo que ahora has acertado.

El rey se mordió los labios.

— ¿Conque lo creéis? preguntó el rey.

— Sí, respondió madama Adelaida. Digo, pues, que mi hermana temía mucho las nuevas presentaciones.

— ¡Y bien! exclamó el rey que deseaba poner término á la conversación. ¿Después?

— Y bien, padre mío; después habrá tenido miedo de ver llegar á la corte á la condesa Dubarry.

— ¡Acabáramos, pues! exclamó el rey con unas muestras de despecho irresistible. ¡Acabáramos! Decid lo que tengáis que decir sin tantos rodeos. ¡Caramba, cómo nos abrumáis, madama Verdad!

— Señor, respondió madama Adelaida, si he tar-

dato tanto en decir á V. M. lo que acabo de decir, es porque me ha contenido el respeto, y porque sólo su orden podía hacerme abrir la boca sobre semejante materia.

— ¡Ah, sin duda! ¡porque tenéis cerrada vuestra boca; porque no hostezáis, porque no habláis, porque no mordéis!.....

— Pero no es menos cierto, señor, continuó madama Adelaida, que creo haber dado con el verdadero motivo del retiro de mi hermana.

— Pues os digo que os equivocáis.

— ¡Oh, señor! repitieron á un tiempo meneando la cabeza de alto abajo madama Victoria y madama Sofía, estamos muy seguras.

— ¡Oiga! interrumpió Luis XV, ni más ni menos que un padre de Moliere. Veo que son de la misma opinión. Al parecer tengo la conspiración en mi familia. Y esa es la razón porque madamas no están en casa cuando las quieren visitar. Por eso no responden á los memoriales ni á las peticiones de audiencia.

— ¿Á qué memoriales y á qué peticiones de audiencia? preguntó madama Adelaida.

— ¡Vamos, que demasiado bien lo sabéis! Á los de la señorita Juana Vaubernier, dijo madama Sofía.

— No, á las peticiones de audiencia de la señorita Lange, añadió madama Victoria.

El rey se levantó furioso; sus ojos, tan tranquilos y dulces de ordinario, lanzaron una mirada poco satisfactoria para las tres hermanas.

Por lo demás, como en el trío real de heroína, no había nada capaz de arrostrar la cólera paternal, todas tres inclinaron la cabeza ante la tempestad.

— Ahí tenéis, dijo, la prueba de que no me equivocaba cuando decía que la mejor de las cuatro había marchado.

29971

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES" 4

1925 MONTERREY, NUEVO LEÓN



— Señor, dijo madama Adelaida, V. M. nos trata muy mal, peor que á sus perros.

— Ya lo creo ; mis perros, cuando llego, me acarician como verdaderos amigos. Así, adiós, madamas. Voy á ver á Chariotte, Belle-Fille y Gredinet. ¡ Pobres animales ! Sí, los amo, y particularmente porque tienen de bueno que ellos no ladran la verdad.

El rey salió furioso, pero no bien había dado cuatro pasos por la antecámara, cuando oyó á sus tres hijas cantar en coro :

En París, la gran ciudad,  
hombres y mujeres son  
muy blandos de corazón,  
y á menudo exclaman : ¡ Ay !... ¡ Ah, ah, ah !

Le Blas la manceba  
está que se pela,  
y él se desconsueña  
viéndola penar.  
En pobre y rum hecho  
está la cuitada  
asaz mal parada,  
¡ qué remedio hallar ! ¡ Ah, ah, ah !

Eran las primeras coplas de un vaudeville contra madama Dubarry, que corría las calles con el nombre de la *Bella Borbonesa*.

El rey estuvo á punto de volver atrás, y puede que sus hijas no le hubieran agradecido su vuelta ; pero se reprimió y siguió su camino gritando para no oírlos :

— ¡ Señor capitán de las galgas ! ¡ Hola, señor capitán de las galgas !

El oficial á quien condecoraban con tan singular título, acudió.

— ¡ Que abran el gabinete de los perros ! dijo el rey.

— ¡ Oh, señor ! exclamó el oficial arrojándose delante de Luis XV. No dé V. M. un paso más.

— Pero ¿ qué es lo que hay ? Veamos, dijo el rey deteniéndose en el umbral de la puerta, por bajo de la cual pasaban silbando los resuellos de los perros que olían á su dueño.

— Señor, respondió el oficial, perdonad mi celo, pero no puedo permitir que el rey se acerque á los perros.

— ¡ Ah, sí ! ya comprendo ; no está arreglado el gabinete... pues bien, haced salir á Gredinet.

— Señor, murmuró el oficial, en cuyo rostro estaba pintada la consternación, Gredinet no ha comido ni bebido en dos días, y hay temores de que esté rabioso.

— ¡ Perfectamente bien ! exclamó Luis XV : soy el más desgraciado de los hombres... ¡ Gredinet rabioso ! Eso echa el colmo á mis pesares.

El oficial de las galgas creyó deber derramar una lágrima para animar la escena.

El rey volvió los talones y entró en su gabinete, en donde le aguardaba un ayuda de cámara, el cual viendo trastornado su semblante, se escurrió en el hueco de una ventana.

— ¡ Ah ! bien lo veo ! murmuró Luis XV sin hacer caso de aquel fiel servidor, que no era para él un hombre, y dando grandes pasos por su gabinete. ¡ Bien lo veo ! el señor de Choiseul se burla de mí ; el Delfin se considera ya como medio amo, y cree que lo será enteramente cuando haga sentar en el trono á su pequeña Austriaca. Luisa me ama, pero bien duramente, puesto que me ha predicado moral al tiempo de irse. Las otras tres hijas cantan coplas en que me llaman Blas ; el conde de Provenza traduce á *Lucrecia*, el conde de Artois corre las callejuelas, mis perros se ponen rabiosos y quieren morderme. Decididamente, no queda más que esa pobre condesa que me ame.

¡ Váyanse, pues, al diablo los que quieren descontentarla !

Entonces, con una resolución desesperada, sentándose junto á la mesa en que Luis XIV firmaba y que había recibido el peso de los últimos tratados y de las letras soberbias del gran rey :

— Ahora comprendo, dijo, porqué todos los que me rodean quieren apresurar la llegada de la Delfina. Creen que no tiene más que presentarse aquí para que yo me convierta en su esclavo, ó que sea dominado por mi familia. ¡ Demasiado tiempo me queda de ver á mi cara nuera. Especialmente si su llegada debe ocasionarme aun nuevas incomodidades. Ella debía, continuó el rey, pasar por Reims y Noyón sin detenerse, y venir en seguida á Compiègne; mantengamos el primer ceremonial. Tres días de recibimiento en Reims, y uno... no, á fe mía, dos... ¡ bah ! tres días de funciones en Noyón. Esto siempre me hará ganar seis días, seis buenos días.

El rey tomó la pluma y dirigió él mismo al señor de Stainville la orden de detenerse tres días en Reims y otros tres en Noyón. Luego, llamando al correo de servicio :

— Á todo correr, le dijo, hasta entregar esta orden á quien dice el sobre.

Luego con la misma pluma :

« Querida condesa, escribió: hoy instalamos á Zamora en su gobierno. Yo salgo para Marly. Esta noche iré á deciros en Luciennes todo lo que pienso en este momento.

» LA FRANCIA. »

— Tomad, Lebel, dijo; llevad ese billete á la condesa, y os aconsejo que os portéis bien con ella.

El ayuda de cámara hizo una reverencia y salió.

## V

## Madama de Bearn

El primer objeto de todos esos furorés, la piedra angular de todos esos escándalos deseados ó temidos en la corte, madama la condesa de Bearn, viajaba rápidamente hacia París, como lo había dicho Chon á su hermano.

Aquel viaje era el resultado de una de esas maravillosas imaginaciones que, en sus momentos de embarazo, acudían al socorro del vizconde Juan.

No pudiendo hallar entre las señoras de la corte la madrina tan deseada y tan necesaria, puesto que sin ella era imposible la presentación de madama Dubarry, había dirigido su vista á la provincia, examinado las posiciones, registrado las ciudades, y hallado lo que necesitaba en las orillas del Meuse, en una casa enteramente gótica, pero de bastante buen tono.

Lo que buscaba era una vieja pleitista y un litigio viejo.

La vieja pleitista era la condesa de Bearn. El viejo litigio un negocio en que iba toda su fortuna, y que dependía del señor de Maupeou, ligado últimamente con madama Dubarry, con quien había descubierto un grado de parentesco hasta entonces ignorado, y á quien en su virtud llama prima suya. El señor de Maupeou tenía por la favorita, en la previsión de la cancillería, todo el favor de una amistad de la víspera